

— Te acompañaré cuanto me sea posible ; no lo dudes.

— ¿ De veras ?

— ¿ He faltado alguna vez á lo que te he prometido ?

No dudes de que lo haré ; pero ahora vamos á acostarnos.

Despues han pasado por mi alma muchos dolores, muchas alegrías ; pero jamas he podido olvidar aquellas deliciosas horas que se deslizaron en mi saloncito perfumado cón las emanaciones del jardin, al lado de mi marido, sentados uno enfrente del otro, junto á un velador que sostenia una pequeña lámpara de luz apacible que resbalaba por los hermosos cabellos de Eduardo, dando á su belleza un atractivo y una dulzura deslumbradores.

¡ Oh ! amor. ¿ Cómo hay quien te profane cubriéndote con el manto del desórden ? Tú eres más grande cuanto eres más puro y más legitimo ; los goces reprobados por la sociedad, sólo son un recuerdo tuyo. Feliz quien, como yo, no ha conocido en toda su vida más que un solo y santo amor !

VIII.

NUEVAS REVELACIONES.

Mi padre, así que arregló algun tanto sus negocios, salió á viajar, dejando en su casa á un antiguo criado para que cuidase de ella.

Felicia se retiró á una casita muy modesta, en la que ocupaba un cuarto tercero, y buscó una criadita joven para que la sirviese.

Habia hecho algunos ahorros en los doce años que dirigió mi educacion, pues bastaban para su equipo los regalos de mi abuela. Además ésta seguia dándola la pension de 320 rs. mensuales que le habia señalado. Por mi parte, despues de haberlo consultado con mi esposo, le asigné igual cantidad, desde que la muerte de la Condesa la dejó sin ningun recurso, más que lo que podiamos facilitarla mi abuela y yo.

Creo yo haber dicho que era Felicia una de esas mujeres que embellecen cuanto las rodea ; que saben hacer encantadoras las posiciones modestas, y no puedo ménos de repetirlo ahora que recuerdo su casita, tan limpia, tan bonita, tan risueña, ni sé resistir al deseo que siento de describirla aquí, como un modelo para las jóvenes que entren en el camino del matrimonio.

La escalera de la casa, en todo lo que correspondia al piso de Felicia, resplandecia de limpieza ; la puerta tenía, para llamar, un elegante cordon de seda carmesí, que remataba en una borla.

Al entrar, se hallaba una antesalita cuadrada con una ventana que daba á un patio ; esta ventana tenía persiana por la parte exterior, y por la interior una cortina de persa de flores.

El pequeño recibo de que voy hablando se cubria en verano con estera de paja y en invierno con estera pintada de colores vivos ; al frente de la puerta habia una jardinera de hierro con tierra, que tenía plantas natura-

les, como sándalo y hierba-buena, esos dos modestos hijos de la naturaleza de tan suaves y humildes perfumes.

Una banqueta forrada de damasco de lanaverde rodeaba el recibo, y sobre ella habia algunos colgadores dorados para colocar los abrigos de las visitas; por último suspendida del techo habia una pequeña lámpara de globo, de cristal blanco, que por la noche daba una luz dulce y suave.

Desde aquella primorosa y fresca antesalita se pasaba á una sala poco mayor que tenía á cada lado un gabinete bastante pequeño; el uno servia á Felicia de tocador; el otro de salita de trabajo.

La sala se hallaba adornada con un gusto sencillo y casi severo; á cada lado del balcon, dos mesas de hechura artística, con tableros de mármol, sostenian dos espejos grandes, cuyos marcos figuraban guirnaldas de flores; bajo uno de aquellos espejos habia una gran copa de bronce, en cuya adquisicion habia empleado Felicia la suma, enorme para ella, de 30 duros; es verdad que la habia comprado en la almoneda de una gran señora, que habia muerto, y que valia 60 pesos.

Aquella copa era una rica joya artística, que á los ojos de todos los que pensaban y sentian, brillaba allí como una rosa en un jardin lleno de flores, y se destacaba, entre aquel modesto mueblaje, destella un resplandor suave y radioso á la vez, como todos los productos del talento.

La sillería era de caoba, con tapicería carmesí de damasco; en la otra mesa habia un vaso del Japon, de mérito tan raro como el de la copa de bronce, y que

habia sido un regalo de Magdalena á mi aya en un día de su santo; en el centro, una mesa redonda cubierta con un tapete, sostenia varios libros y albums llenos de grabados y dibujos.

El gabinete de tocador estaba adornado con una mesa rodeada de cortinas que sostenia un espejo, cuyo marco ovalado era de madera tallada; las cortinas estaban sujetas con lazos de color de rosa.

Algunas sillas con asientos de flores, un armario de limonero, y un mueblecito para guardar guantes y cintas componian el mueblaje del tocador.

En la salita de trabajo la gutapercha verde era la que hacia el gasto; de este género estaban forrados algunos silloncitos que guarnecian los ángulos; una mesa redonda en medio, cubierta con otro tapete muy lindo, sostenia un bordado, algunos libros, y una lámpara con pié de bronce que se encendia por la noche.

En un caballete habia extendido un lienzo, y en él diseñado un cuadro de frutas y flores propio para comedor.

Por último, un piano colocado en el testero principal, y sobre él un pequeño estante de caoba, cargado de música, indicaban que Felicia tenía en sí misma recursos para embellecer su solitaria y modesta vida, y para hacerla más agradable que otras existencias fastuosas y opulentas.

En el interior habia un comedorcito amueblado con seis sillas de rejilla, con una mesa pequeña y redonda, y con un armario lleno de la loza que se empleaba para el servicio, y que era modesta, pero buena.

La ventana del comedor estaba entoldada de campanillas y enredaderas, que metían en el aposento sus hojitas y sus flores, de color azul y rosado.

Un canario gorjeaba en una jaula colgada del techo, y movía su cuerpecito dorado con alegre vivacidad.

La pequeña cocina resplandecía de aseo, y lo mismo el cuarto de la criada, que era una muchacha de pocos años, pero activa y juiciosa.

—Hé aquí el abrigo donde pienso pasar el resto de mi vida, hija mía, me dijo mi aya al enseñarme su casita: acaba de morir en Inglaterra una prima de mi madre, á la que no conocía, y me ha dejado unos seis mil reales de renta anual; esto, unido á lo que he economizado de los sueldos que he debido á su padre de V., basta, mi querida Valeria, para darme una vejez tranquila. Así, pues, retire V. la pensión que me ha concedido, segura de mi gratitud por su generoso donativo; tengo bastante para mí, y no quiero ser á V. gravosa, ni tampoco á su buena madre.

—Amiga mía, le dije abrazándola; mi buena amiga, ó más bien mi segunda madre, pues así la miraré toda mi vida; yo soy bastante rica para darme el gusto de proporcionar á V. algunas comodidades más. ¿Qué importa ese poco dinero para mí? ¿Ni en qué podía yo emplearle que me fuera más agradable? Yo la amo con todo mi corazón, y en más de una ocasión buscaré en V. mi consuelo.

En efecto, muchas veces fuí á aquella humilde casita llorosa y desconsolada, y salí calmada y contenta al ver su paz y su tranquilidad.

Mi marido pasó conmigo las tres ó cuatro primeras noches de mi luto, y yo me imaginaba que así seguiríamos siempre, cuando á fin de semana y un día después de comer, en vez de bajar al jardín conmigo, como acostumbraba, se marchó de casa diciendo que iba á dar un paseo.

Hirióme semejante determinación como una ofensa; pasé la noche muy triste, y durante largo rato lloré como si hubiera pesado sobre mí una gran desgracia.

Cuando volvió, estaba yo de muy mala cara: me saludó al entrar y quiso besarme en la frente, según era su costumbre; pero yo me retiré volviendo el rostro.

—¿Qué te pasa? me preguntó.

—Nada, le respondí con sequedad.

—¿Estás enfadada conmigo?

—¡No!

—Lo estás y sé por qué.

—Excusabas preguntarlo entónces.

—Tienes razón, Valeria; yo debía saber que desgraciadamente tú serás siempre niña.

—¿Esto más? ¿No te contentas con la ofensa, que añades el insulto?

—¿Yo insultarte? Pero vamos, ¿qué te he hecho? Es porque me he ido? ¿Te has empeñado en que esté siempre á tu lado?

—Creo que sería un empeño muy natural.

—Sería un empeño necio, y que no podría complacer.

—¿Luégo te has propuesto vivir como soltero?

—¡No! Sino como hombre, y no como chiquillo siempre pegado á las faldas de su mamá.

Mi marido se levantó al decir esto, y empezó á pasearse con muestras de enfado.

Al verle así, mi enojo se deshizo como la niebla á los rayos del sol, y me acerqué á él.

Él no me rechazó; me tomó la mano y me hizo sentar á su lado: luégo me dijo con suave gravedad:

—Mira, Valeria, el marido no es el amante; convéncete de esto para que vivas tranquila y dichosa. El amante desea y nada le parece bastante para lograr; pero sería tonto que un marido estuviera haciendo siempre el Amadis de Gaula. ¿No lo comprendes?

—No, le respondí; creo que el amante puede existir lo mismo en un hombre casado, en tanto que su mujer no se vuelva fea ó mala.

—Pues estás en un error, querida mia.

—¿No ves mi abuela y su marido? Más amable, más rendido está hoy Sandoval que el día que se casó.

—¡Pobre niña! exclamó mi marido con esa tristeza expresiva que le hacía parecer tan encantador. ¡Pobre niña! ¡No quieras conocer jamas esos tristes misterios de la vida que te vela el cendal de tu inocencia! ¡Tu abuela vive engañada! ¡Nada más quieras saber!

—¿Engañada?

—Sí, su marido... ¿Pero á qué darte penas inútiles?

—¡Oh, habla, habla!

—Pues bien, prométeme el secreto.

—Te lo prometo.

—Su marido no la ama.

—¡Es imposible!

—Créeme: su marido vive en los desórdenes, y destru-

ye su caudal: lo sé, me consta. Hace lo que todos los maridos que se fingen enamorados hasta la locura de su mujer; lo fingen y no puede ser otra cosa; la pasión pasa con el estado; queda amor, pero es de cierto modo.

—¡Ah! ¿Luégo no puede haber ningun marido apasionado de su mujer?

—Sí, pero sólo hasta cierto punto los hay apasionados. Yo lo estoy de tí, pero gravemente, sin exterioridades que á nada conducen; sin alardes, sin ridículo, por decirlo así. ¿No has advertido algo de extraordinario en las expresiones que le dice? ¿Algo de impropio?

—Yo no...

—Es porque estás acostumbrado á ellas desde toda tu vida. Pero decir *ángel mio, mi tesoro*, y otras cosas así á una señora de su edad, es ridículo, y lo sería también, créelo Valeria, si yo te las dijese delante de todos. Hay frases que sólo deben emplearse en la intimidad, y cuyo sentido se profana delante de los extraños.

Yo quedé pensativa y triste, pero no á causa de lo que mi marido me decia; tan segura estaba yo entónces de la felicidad de mi abuela, que sus palabras no podían hacerme ninguna impresion.

Desde que habia oido hablar á la Vizcondesa de las deudas que mi marido tenía con Sandoval, anhelaba hablarle de ellas, y jamas me habia atrevido.

Meditando sobre esto en aquella ocasion como en tantas otras, mi pensamiento se volvió naturalmente hácia otro punto oscuro de mi vida, ó más bien de la suya.

—¿Cómo habiendo amado á la Vizcondesa era amigo íntimo de su marido?

Era aquello un enigma para mi candidez, que debía llevar muchos y rudos golpes ántes de abrir los ojos.

Procuré hacer un esfuerzo para aclarar mis dudas aquella vez, y pregunté á Eduardo, no sin mucha turbacion :

—¿Me podrás responder á dos preguntas que deseo hacerte?

—Sí, me contestó él un poco sorprendido; ya las espero.

—Pues bien; ¿cómo es que conociendo lo poco que vale Sandoval eres amigo suyo?

—Querida mia, repuso él, si no tomáramos á los amigos como son, jamas tendríamos ninguno.

—Es que para mí sería imposible manifestar afecto á una persona indigna.

—Sandoval no lo es.

—¿No dices que engaña á su esposa?

—Sí; pero hay muchos hombres que engañan á sus esposas, y que, sin embargo, son muy apreciables; además, tu abuela es feliz en el mundo de ilusiones en que vive. ¿Qué más se puede desear para ella?

—Es feliz, porque no hay nadie que se tome el cuidado de desengañarla, y esto es cruel.

—No por cierto; es más bien piadoso dejarla en su error: acaso no querría creer á quien tratase sacarla de él. Siempre ha sido dichosa, y la verdadera crueldad sería hacerla ver ahora que está cerca de ella la desgracia: déjala así: ¡La vida es soñar! ¿Pero no me habias anunciado dos preguntas?

—Sí...

—¿Por qué te turbas? Sólo me has hecho una... ¿Cuál es la otra?

—La otra...

—Vamos, habla sin temor.

—Es que es muy extraña.

—No importa; por extraña que sea, podré satisfacerla. ¿Con quién has de tener más confianza que conmigo?

—Es verdad, y voy á hacértela.

—Veamos.

—Pues bien. ¿Cómo es que habiendo amado á la Vizcondesa eres el amigo de su esposo?

—¡Ah! ¿Es esa la gran pregunta? exclamó riendo mi marido.

—Sí, esa es.

—¡Qué inocente eres Valeria! Y bien; lo que te extraña en mí sucede con frecuencia en el mundo.

—¿De véras?

—Positivamente: tu observarás que comunmente el mejor amigo del esposo es el amante de la esposa.

—¡Pero eso es indigno!

—No es muy digno que digamos; pero está sancionado por la costumbre. Procura, Valeria, no admirarte de nada de lo que veas, y acepta la sociedad tal como se halla establecida, si no quieres caer en el ridículo, porque lo sentiria mucho.

Después de esta conversacion, mi corazón quedó aún más herido y lastimado de lo que lo estaba.

Una capa de hielo se extendia sobre todas mis creencias, sobre todas mis ilusiones.

Replegábame en mí misma como la sensitiva, y ad-

quiria un hastío tal para con el mundo, que podía degenerar en misantropía ó en una melancolía mortal.

¿Dónde buscar la verdad si cuanto me rodeaba era polvo y mentira?

El amor conyugal, la amistad, la dicha doméstica., todo esto eran sombras vanas que pasaban ante mis ojos, y se desvanecían cuando iba á tocarlas.

—Vamos á dormir, me dijo mi marido; es tarde; mañana he de madrugar para ir á una comida de campo, de hombres solos. Montarémos á caballo temprano, é irémos á comer á la quinta de uno de mis amigos. Tú, Valeria, puedes hacer lo que gustes. Mira, es preciso que tengas amigas, que no vivas así aislada, no saliendo más que conmigo ó estando metida en casa. Si no te haces más amable, vas á cobrar mala fama en los salones.

—¿Y qué me importa? exclamé con amargura, pues aquella verbosidad extraña, ó más bien las ideas en ella emitidas, me habían herido profundamente. ¿Qué importa lo que se diga de mí?

—A mí me importa, y mucho.

—Si te importára el qué dirán, no darías lugar á que dijese: porque creo que más se criticará el que me dejes siempre sola, que el que yo esté sola porque tú te separas de mí.

—Estás en un error, querida mía: lo criticable es que te empeñes tú en que juguemos á los tortolitos.

Esta burla á lo que yo consideraba como lo más sagrado de la tierra, me hizo un daño atroz: me levanté y salí con aire irritado, retirándome á mi cuarto, porque la cólera y el dolor me ahogaban.

Pasé otra noche de insomnio. ¡Cuántas llevaba ya en el corto tiempo que había trascurrido desde mi enlace!

Lloré y formé los más tristes presagios para el porvenir. Al amanecer tenía fiebre.

Oí salir á mi marido, y entónces volví á llorar amargamente lo que llamaba su dureza y su crueldad.

IX.

CONSEJOS.

Al día siguiente vino Felicia á verme.

— ¡Dios mio! exclamó. ¡Qué pálida está usted! ¿Qué ocurre? ¿Le ha sucedido alguna desgracia?

Yo me arrojé á sus brazos llorando, y le conté lo que sucedía.

— Veo, hija mía, que es V. desgraciada, y esto me causa mucha pena, dijo Felicia. ¿Por qué no procura hacerse fuerte contra su propia sensibilidad? No hay otro medio.

— Sí, lo hay, repuse yo, y lo pondré.

— ¿Y cuál es?

— ¡Una separacion! ¡No quiero vivir así! ¡No quiero seguir de este modo!

— ¡Pobre niña! exclamó mi aya. ¡Una separacion á los tres meses de casada! ¡Eso es imposible!

— ¡Imposible! ¿Por qué?

— Primero, porque no hay motivo para eso; y luégo, porque aunque lo hubiera, todos la acusarian por haber

tomado esa fuerte medida. ¿Sabe V., querida niña, lo que es una separacion para una mujer? Es la caída completa y terrible del pedestal en que debe estar colocada; es la renuncia á todos sus derechos, á todos sus goces, á todas sus alegrías: la esposa fiel y honrada es la que va á la sociedad del brazo de su marido; jamás se tiene por buena á la que se separa de él. Así, pues, sólo motivos gravísimos pueden obligarla á separarse.

— ¡Motivos graves! ¿No lo son los míos por desgracia?

— No, hija mía, gracias á Dios. ¡Ojalá no tenga usted jamás otros!

— ¿Puedo tener más todavía? exclamé exasperada.

— ¡Desgraciadamente sí!

— Pues yo te aseguro, aya mía, que no estoy dispuesta á sufrirlos.

— Y yo aconsejaré á V. siempre que los sufra, por grandes que sean.

— ¡Dios mío, exclamé llorando, esta mujer no tiene corazón!

— Sí, lo tengo, y por eso me intereso en la felicidad de usted. Hasta ahora no se puede V. llamar desdichada, querida mía; cierto es que su marido no es lo que V. tenía derecho á esperar guiándose por los delirios en que la ha imbuido su inocente abuela; porque yo digo lo mismo que su esposo: un marido no es un amante; el de usted ha empezado por ser ántes lo que son todos; ¿qué más da? Paciencia y resignacion es lo que principalmente necesita la mujer; sufra V. lo peor, Valeria, y haga V. lo mejor. Esta es la regla que debe seguir toda mujer buena y digna.

Las palabras de Felicia me convencian siempre; pero ¡ay, que duro era para mí, pobre niña, que nada sabía de la vida, hasta el creer aquellas palabras! ¡Y cuánto sufría al ver caer delante de mí mis ilusiones como las hojas del árbol de la vida, como las flores marchitas de un jóven arbusto!

Después de haber suavizado con tiernas caricias la amarga lógica de sus razonamientos, Felicia se disponía á retirarse, cuando un criado entró en mi habitacion anunciándome que se hallaba en el salon la señora Vizcondesa de Torreñiel.

A este nombre palidecí y quise rehusar verla.

— ¿Por qué? dijo Felicia: querida Valeria, podría tomarlo á desaire, y con razon.

— ¿Y qué me importa? exclamé.

— Siempre importa adquirirse enemigos, hija mía. Reciba V. á la Vizcondesa, y aparente para ella, por cortesía al ménos, simpatía y agrado.

— Yo no sé lo que me inspira esa mujer. ¡Es terror! ¡Es aversion!

— Es celos por el pasado. No puede V. olvidar que su marido la ha amado, y que ella ama aún á su marido... Pero, hija mía, es preciso ser generosa y perdonar; y aún es preciso más: es preciso atraer, si se puede, al buen camino á los que van lejos de él.

— Consiento en recibirla, dije tras algunos instantes de reflexion, si tú estás conmigo, querida aya.

— Hija mía, esto podrá parecer mal á la Vizcondesa: mi clase no es la suya ni la de usted.

— Eres mi amiga.

— Eso es en la intimidad, de V á mí: ella no me admitirá tal vez por amiga suya. Créame V.; por hoy recíbala V. sola; es la visita de boda, ó como si dijéramos, de ceremonia, la que viene á hacer á V., y no es justo imponerle mi presencia. En sociedad el guardar ó no ciertas fórmulas nos conquista ó nos enajena las simpatías. Adios, querida mia; yo no tardaré en volver á ver á usted. Hasta entónces dos cosas le encargó: prudencia y resignacion; esté V. segura de que es el camino más fácil para la mujer.

Felicia, para sustraerse á los ruegos que aún esperaba de mí, me abrazó con ternura y salió.

X.

UNA BELLA ENEMIGA.

Al quedar sola fué cuando verdaderamente me decidí á tener valor.

A pesar de mi oposicion á ver á la Vizcondesa, sentía como una ánsia amarga y profunda por verla, por estudiar su traje y sus maneras.

Gracia habia pasado por delante de mí como una luminosa aparicion. Atribuyendo á desamor la falta de rendimiento de mi marido y exagerándome al mismo tiempo la pasion que habia dedicado á la Vizcondesa, me habia dicho, en las horas de mi soledad, que si yo no era amada, era porque carecia de mérito para ello, y

que sólo era una niña simple, más que inocente; torpe y ruda más que sencilla.

Anhelaba, pues, el fatal aprendizaje del coquetismo, como si hubiera sido la mayor de las virtudes ó el camino de la felicidad suprema: anhelaba ver á Gracia, imitarla, y quizá entre los sueños de mi imaginacion calenturienta, pasó tambien el deseo de hacerme mi córté de galanteadores sólo para dar celos á mi marido.

Pero todas aquellas ideas, que fermentaban en mi cabeza cuando en la triste soledad de mi estancia dejaba errar el pensamiento, y la imaginacion enfermiza y hambrienta se alimentaba de quimeras, cayeron al suelo como el castillo de naipes que forma un niño, al decirme que aquella Gracia tan envidiada, y á la que habia dedicado tantos pensamientos, se hallaba allí.

La aversion, el temor, y como una especie de terror pueril se disputaron mi razon, y en tanto que allí estuvo Felicia, quise, á pesar de sus razones, dar órden muchas veces para que le dijese Justina que no recibia. Sin embargo, al verme sola me decidí á arrostrar el peligro, y me acerqué al espejo para ver si estaba en lo posible el que no se burlase de mí.

Me hallé pálida, delgada, casi marchita: mi marido habia tenido la crueldad de hacer con su indiferencia el mismo estrago que podian haberme hecho grandes pesares.

Arreglé mis cabellos lo mejor posible, atendida la premura del tiempo, y cambié mi bata, que hacia algunos dias no dejaba, por un traje de seda sencillo y elegante.